

Albricias: la novela chilena del fin de siglo, Verónica Cortínez, *Cuarto propio*, Santiago de Chile, 2000.

Uno de los fenómenos más característicos de la evolución de la literatura hispanoamericana en las últimas décadas del siglo XX, ha sido el proceso de regionalización de algunas literaturas nacionales y, dentro de éstas, de algunos géneros. Hasta los años ochenta, apenas algunas literaturas nacionales (en la medida en que se pueda hablar de discursos nacionales en Hispanoamérica) como la argentina o la mexicana habían dado muestras de poder ser autosuficientes, de no necesitar la internacionalización de sus productos para dar salida a los mismos dentro de un mercado local. A partir de esta fecha, varios países más se suman a este mecanismo, destacando entre ellos la pujante nueva narrativa chilena, que se desarrollará sobre todo después de la democratización del país. Narradores jóvenes como Gonzalo Contreras, Carlos Franz, Alberto Fuguet, Arturo Fontaine, José Leandro Urbina, Darío Osés, Carlos Cerda, Jaime Collyer, Elena Castedo, Marcela Serrano, Diamela Eltit, etc., etc., han deshecho en las dos últimas décadas el mito que caracterizaba a la tradición literaria chilena como una tradición fundamentalmente poética.

En torno a este hecho se centra el libro que comentamos de la profesora de la Universidad de California

Los Ángeles, Verónica Cortínez, quien intenta desentrañar el fenómeno a partir del análisis que ejecutan distintos especialistas cualificados, pero también del testimonio de los propios autores protagonistas. La labor de la autora, ciertamente ha ido mucho más allá de la simple edición, de la mecánica recolección de los trabajos de un congreso, porque en realidad el libro es el desarrollo de una idea de la autora, sin cuya labor y cuya perseverancia nunca podría haberse completado, tal y como agradecen algunos autores en sus artículos, y, sobre todo, de manera tan coherente. Efectivamente, una de las aportaciones más interesantes del libro es la muy significativa entrevista entre la autora y varios de los narradores estudiados (Jaime Collyer, Darío Osés, Carlos Cerda, Carlos Franz y Gonzalo Contreras), la otra, la de encarar sendos artículos epilógicos a un economista, «Una devoción salvadora: las letras y el mercado» por Sebastián Edwards, y a un especialista no chileno, «Chile en las antípodas de la ficción latinoamericana» por Roberto Ignacio Díaz. En esta confección, que se completa con un prólogo de uno de los narradores chilenos más importantes de la segunda mitad del siglo XX, Jorge Edwards, y dos artículos introductores firmados de por dos de las personalidades literarias más prestigiadas también en los últimos años, Fernando Alegría y Antonio

Skármeta, se advierte la formación comparatista de la autora, discípula en Harvard de Claudio Guillén, comparatismo que en este caso no se limita a una única disciplina.

El núcleo central del libro lo constituyen trece artículos firmados por Juan Armando Epple, Rodrigo Cánovas, Verónica Cortínez, José Leandro Urbina, Soledad Bianchi, Guillermo Gotschlich, Liliana Trevizán, M^a Luisa Fischer, Roberto Castillo Sandoval, Laura Janina Hosiasson, Raúl Zurita, Raquel Olea y Roberto Hozven, y se completa el volumen con otro artículo epilógico, completamente innecesario, de Willy Thayer titulado «Publicaciones sin obra» cuyas intenciones críticas se diluyen en un desconstruccionismo estéril. Apenas es el único borrón de esta obra, amén de algunas erratas ortográficas que la editorial debería evitar. Los demás son aciertos, que no es poco en los tiempos de improvisación científica y desaliño editorial que nos ha tocado padecer.

En el libro se abordan varias cuestiones que parecen preocupaciones centrales de los escritores hispanoamericanos, y sobre todo de los narradores chilenos actuales. De una parte, qué débitos son los que tiene esta literatura con un pasado histórico reciente difícil y tenebroso, o bien con otras tradiciones narrativas foráneas, en la medida en que la chilena es prácticamente inexistente. Cómo se articula el proce-

so de «normalización cultural» en Chile, bien como una recuperación de la memoria histórica que la dictadura intentó arrebatar, o bien como una invitación al olvido, al punto y final, a reinventar tanto la tradición como la historia. Qué sentido tienen los fenómenos de masas, sobre todo la literatura de ciertas escritoras muy mayoritarias, cuyo éxito está de cualquier modo inmerso en un desarrollo extraordinario del mercado literario, hasta ahora inédito en este país, etc., etc.

Como señala Raúl Zurita, «si vivimos en un país que cada día se parece más a una ficción —o a una parodia— le corresponde entonces a la literatura recuperar la vida». Puede ser, pero lo cierto es que Chile está consiguiendo una estabilidad económica ciertamente superior a la del resto de sus vecinos latinoamericanos y no parece estar sufriendo demasiado las recientes crisis que han azotado a América Latina. Aunque no compartamos los argumentos dinamizadores e internacionalistas respecto a la cultura que Sebastián Edwards atribuye al neoliberalismo económico, sí es cierto que Chile como economía nacional parece estar levantando la cabeza. Quizá este repentino auge de la narrativa y del mercado de la literatura esté dando fe de ese fenómeno y quiera sentar las bases para una cultura definitivamente normalizada.

Álvaro Salvador